



# En el límite del viento

Memorias de surf de William Finnegan, premio Pulitzer 2016

TEXTO ANTONIO ITURBE FOTOS ARCHIVO

S elya, un bailarín profesional y surfista amigo de William Finnegan, explicaba en una entrevista al *New York Times* que el surf tiene mucho que ver con la danza. Probablemente, el surf tenga más que ver con el arte que con el deporte. Es una práctica en la que solo compites contra la perfección, en la que el premio es un instante de ingravidez y armonía sobre una ola gigantesca. Hay un circuito profesional, más importante en la actualidad que cuando Finnegan se inició en el surf a finales de los años 1960. Pero, aun así, es una consecuencia del interés suscitado por el surf y la afección mercadológica de algunas marcas de aprovechar su tirón, pero no la razón por la que alguien se lanza en soledad al agua un día de fuerte oleaje y se deja ir.

William Finnegan, respetado periodista del *New Yorker*, corresponsal en zonas conflictivas como Somalia o el México del crimen organizado, ha tenido que llegar a los 60 años para quitarse las gafas de Clark Kent, abrirse la camisa y mostrar el traje de neopreno de su identidad secreta: “No estaba seguro de que salir del armario como surfista me ayudase en mi carrera. Los analistas políticos especializados podrían decirme: «Pero hombre, si solo eres un surfista idiota, ¿cómo te atreves a opinar de esas cosas?»”. Cuando en la propia revista *New Yorker* le sugirieron llevar un blog de surf aprovechando sus frecuentes escapadas, acabó declinandolo porque los surfistas son una cofradía que valora el secreto de la ubicación de las grandes olas.

El surf ha tenido poca acogida literaria. Hay que remontarse a autores como Jack London o Mark Twain, que dejaron constancia de su asombro por las tablas tras visitar Hawái. Y, sin embargo, está hecho con los mismos ingredientes con los que se hace la literatura: pasión, belleza, sacrificio, ensimismamiento... y aquí, además, el riesgo de morir arrollado bajo un alud de agua. El surf merece un libro espléndido como este, unas memorias que no solo son las memorias persona-

les de Finnegan (que lo son), sino también las de toda una generación de *hippies* barbudos fumadores de marihuana que en los años 1970 levantaron su propio paraíso mar adentro. Y que lo siguen levantando cada vez que se ponen a correr delante de los toros oceánicos.

No se trata de que el surf sea una perita en dulce: Finnegan también cuenta –sin detenerse mucho ni darle demasiada importancia– los revolcones contra los fondos de roca, los esguinces, cortes, magulladuras, el frío que empapa los huesos, el remar extenuante con las manos contra olas como tranvías, el riesgo a que en una caída la tabla te destroce el cráneo, la masificación de surfistas en los picos concurridos... pero precisamente es su rudeza lo que lo convierte en un camino de perfeccionamiento propio. Uno no puede evitar una envidia retrospectiva por la pasión con que Finnegan se va a las Islas Fiyi, a Indonesia, a Australia, a Sudáfrica, persiguiendo la perfección de las olas.

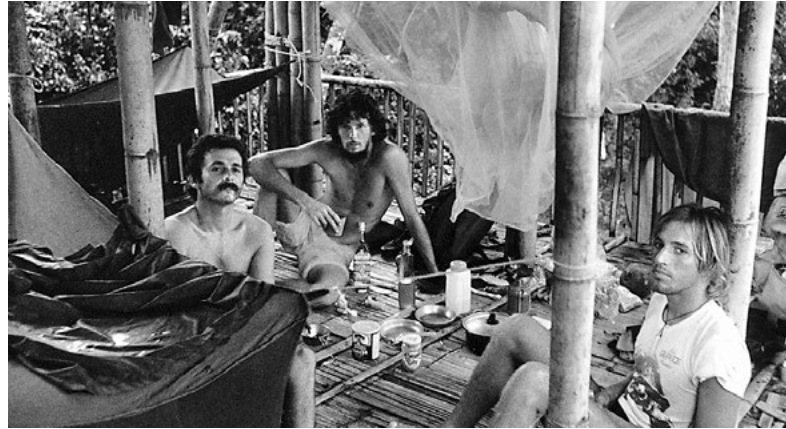
## 1963, San Onofre (Newport)

Con una tabla verde prestada, tomó sus primeras olas en el sur de California, donde vivía su familia. Nadie le dio instrucciones, únicamente se fijaba en lo que hacían los otros. “Yo había, mordido el anzuelo una radiante tarde en Ventura cuando tenía 10 años. Las olas que rompían sobre su lecho me parecían llegar desde un taller celestial. Yo quería estar allí en el agua, aprendiendo a bailar sobre las olas”.

## 1966, Honolulu

Sus padres, que se dedicaban a la producción audiovisual, se trasladaron al archipiélago para trabajar en varios programas televisivos, uno de ellos la serie *Hawái 50*. Pero él de eso se enteraba poco, solo oía el ruido del oleaje de Diamond Head. Cerca de su casa estaba Cliffs, un mosaico de arrecifes en forma de arco a lo largo de más de medio kilómetro. Sus padres, algo despistados siempre, lo inscribieron en una escuela pública tirando a conflictiva, donde las peleas estaban al orden del día. Con otros compañeros se colaban en hoteles de lujo





para meterse en los estanques que funcionaban a modo de pozo de los deseos con el objetivo de pillar las monedas y comprar en los puestos ambulantes chow fun, donuts portugueses y rodajas de piña.

Allí conoció a una familia de surfistas, los Kaulukuis. Y vivió la evolución del surf, a donde estaban llegando nuevas técnicas, como el *hang five* y el *hang ten*: caminar por la tabla dando pasos cruzados hasta que un pie o los dos se quedan en la punta y luego volver a atrás. Sobre todo, bailar dentro de ese túnel de agua que forman los rulos de las olas. “Todo el mundo hablaba de entubarse y aquellas trazadas dentro del tubo tenían las propiedades de una revelación. Siempre eran demasiado cortas pero el misterio que entrañaban creaba adicción”.

#### 1967: la banda sonora

El relato de Finnegan tiene una banda sonora que acompaña el libro: “La canción que sonaba en las radios de Honolulu era *Brown-Eyed Girl*, el tema del cantante de Them, Vam Morrison. Era una elegía, un canto a la juventud perdida. *Brown-Eyed Girl* acabará reciclada y convertida, muchos años después, en música para ascensores o supermercados, hasta que llegó un momento en que no la pude soportar. Todas las bandas del mundo han hecho su versión. Y George W Bush la llevaba en su iPod cuando era presidente”.

El relato de esos años no es blandengue. Al contrario. Es una época violenta, con castigos corporales en la escuela y en casa, donde los más grandes apalizan a los más pequeños en el colegio, las drogas flotan en

el ambiente, la situación económica en el hogar es incierta... pero, aun así, el surf siempre tiene algo de ventana abierta que lo airea todo. En ese tiempo, Finnegan aprende algo mucho más importante que el equilibrio sobre la tabla: “Es el problema esencial que estamos intentando resolver allá adentro, qué es lo que esas olas están haciendo exactamente y qué es lo más probable que vayan a hacer después. Antes de surfearlas tenemos que aprender a leerlas”.

#### Vietnam y marihuana

Explica que la revolución de la tabla corta fue inseparable del espíritu del momento: la cultura *hippie*, el *acid rock*, los alucinógenos, el misticismo oriental, la estética de la psicodelia. Los movimientos pacifistas estaban en su máximo apogeo, pero nunca arraigaron de manera coherente entre los surfistas. Sin embargo, “por incoherente que parezca, se manifestó de manera unánime contra la guerra de Vietnam. Muchos surfistas se hicieron prófugos”. Cuenta el autor que “el surf se convirtió en un refugio magnífico para escapar del conflicto: una agotadora razón para vivir, muy exigente físicamente, que te empapaba de alegría, Y además, dado su vago parecido con la estéril existencia de un forajido y su desconexión del trabajo productivo, servía para expresar claramente el descontento que uno sentía”.

Finnegan mantiene siempre en su manera de contar un pie en el misticismo y otro en la desmitificación: “Pillar olas de forma obsesiva era una cosa a la vez profundamente egoísta y desinteresada, dinámica a la par que ascética, y muy radical por su rechazo a todos los valores

asociados al deber y a los éxitos de la vida convencional. El sueño del surfista del regreso a la naturaleza tenía una ramificación inevitable: la nostalgia más apesadumada”.

Cuenta cómo fue la marihuana la que trazó la línea divisoria entre su mundo desaparecido y el de la gente de orden, una frontera generacional que separaba lo *cool* de lo que no lo era. “La timidez inicial que yo había sentido respecto a la marihuana, cuando la descubrí por primera vez en Hawái, desapareció durante mi primer año de bachillerato, en Woodland Hills”. Agigantada por los efectos de la marihuana, “la banda sonora de *rock'n'roll* de nuestras vidas se convirtió en una mezcla de éxtasis y profecía: Jimi Hendrix, The Doors, Cream, la última época de los Beatles, Janis Joplin, los Stones, Paul Butterfield”.

En Honolulu Bay surfear con un colocón de LSD y se metió de manera inconsciente en un peligroso tubo. Pudo haber sido su última ola. Pero el mar lo indultó. Al caer sobre la arena, entero, se replanteó algunas cosas, como volver a la universidad y poner un poco de orden en el barullo de su vida. Pero no renunció a sus sueños surfistas. Después de unos años trabajando de guarda-frenos para la compañía ferroviaria Southern Pacific, ahorró 5.000 dólares y decidió que era el momento: “Hacer un viaje surfero de verdad y una cacería de olas sin fecha final definitiva”. Se sacó un billete de ida a Guam con escala en las Islas Carolinas. Tardaría cuatro años en regresar.

Durante esos años, junto a su colega Bryan, al que le unía la pasión por la lectura y el afán de llegar a escribir un libro, surfear todo lo surfable en las Fiyi, la costa de Indonesia, donde pilló la malaria; Bali, Java... Bebían kava en tazones de cáscara de coco, tenían éxito con las chicas y no les faltaban trabajos de peón o friegaplatos para gastarse el salario en tablas. Perseguían olas como el que persigue el santo grial. Alguien les hablaba de una ola especial en la barrera de coral de Malolo, en las Mamanucas, en una isla minúscula llamada Tavarua... y allí se iban a acampar al aire libre. Su intento de sobrevivir de manera natural a base de lo que diera el bosque fue un fracaso y acabaron sobreviviendo gracias a las latas de carne estofada y la sopa de sobre. Pero les daba igual comer cualquier cosa, porque solo tenían hambre de olas. Y allí eran soberbias, con forma de tirachinas, unas olas que cerraban con asombrosa perfección: “Cesó el viento y el agua se volvió mucho más transparente de lo que ya era. Era mediodía y el sol que caía a plomo hacía invisible el agua. Parecía que estuviéramos sus-

pendidos sobre el arrecife, flotando sobre un colchón de nada. Era como surfear en el aire”.

Cuatro años de barbas, pelos largos y vida de *hippies* conscientes de ser unos privilegiados, con un cierto remordimiento por renunciar a las comodidades americanas que los habitantes de allí tanto habrían ansiado tener, en un gesto que no dejaba de mostrar algo, o mucho, de caprichoso. Pero tampoco había nada que los atrajera de la forma de vida americana, con el chapapote moral de la guerra de Vietnam y la crisis del petróleo como única preocupación en un país donde el éxito se medía en dólares. Ellos tenían una misión que no se podía comprar ni con millones: trazar movimientos perfectos envueltos en los pliegues del océano.

Se fueron a Australia y él continuó hasta Ciudad del Cabo, empujado por las olas, sin tener un mejor punto de apoyo en su proyecto de vida que la deriva de la tabla de surf. La experiencia en Ciudad del Cabo, donde acabó de profesor de una escuela de chicos de color, cambió algunas de sus perspectivas. Cada vez le interesaba más la política y, sobre todo, la lucha de la gente por sus derechos civiles. Mandela estaba encarcelado, pero su aliento lo impregnaba todo en aquella Sudáfrica convulsa y esperanzada. Regresó a Estados Unidos y empezó a trabajar en la prensa. Se hizo todo un señor periodista de la prestigiosa revista *New Yorker*. Pero no dejó el surf.

Arrastró sus tablas hasta San Francisco varios años e, incluso, con una vida familiar más asentada, a la costa. Este cuando se mudó a Nueva York. Siguió haciendo escapadas constantes, descubrió las olas fantásticas de Madeira, volvió a las Fiyi años después, pero no como *hippie* sino a un hotel de lujo que tenía un acceso exclusivo a la ola fabulosa de Tavarua que había disfrutado en los años salvajes. No le agradaba ese exclusivismo carísimo, pero una ola no tiene precio.

A los 50 empezó a tener problemas con las olas de Madeira y decidió tomarse las cosas con más calma. Empezó a hacer piscina para mejorar su condición física, que había bajado considerablemente. Ha cumplido los 60. “Ponerme en pie se hace más arriesgado y más difícil cada año”. Pero sigue surfear.

Uno no puede sino sentir envidia por haberse perdido tantas olas extraordinarias y, a la vez, un inmenso placer por acompañar a Finnegan buscando tesoros en las playas. La lectura de este libro es de las que te ensanchan la vida. ●



Años salvajes  
William Finnegan  
Libros del Asteroide  
600 págs. 26,95 €.